

# « LA ORQUESTA GARRETA »

Siendo una verdad reconocida por todos que nuestra ciudad llevó a gran altura al arte musical y puesto que este fué siempre principal aliciente de las fiestas mayores, paréceme que la conjuntura que viene a brindarme la que nos disponemos a celebrar ha de ser propicia a la evocación del recuerdo de la orquesta cuyo nombre encabeza el artículo; de una reunión de instrumentistas a la cual le fuera asignada en otro tiempo la misión de sacar del atascadero a los músicos dedicados al sarao, con lo que fecundó la mentalidad artística, descubriendo a la par nuevos y dilatados horizontes a los que sin ser músicos creían poseer el sentimiento de lo bello y haber hallado en la música una expansión maravillosa para extasiar el alma.

No ha de ser el autor de estos, más que modestos, insignificantes renglones, quien trate de enaltecer a los conjuntos orquestales de la localidad ni de agregar una más al número de sus estimables dotes de interpretación, porque el talento y no pocos documentos le harían falta para tal objeto. Por donde se llega a colegir que habré de limitarme al humilde esbozo, inspirado en los recuerdos de mis años juveniles y de mi infancia lejana, dejando, pues, a un lado la artística personalidad de todos y de cada uno de los que fueron componentes de la Orquesta Garreta, gracias a cuyos bríos y con resultado muy por encima del que podía esperarse, dióse en la

localidad gran impulso al auténtico teatro lírico, orgullo de nuestra patria y poco distante de las formas de la ópera.

Muchos son los años que han transcurrido de entonces acá, más no por eso es escaso el número de los guixolenses que con cierta nostalgia recuerdan aquellos tiempos y que no ignoran que en la agrupación musical a que me refiero tomó parte nuestro excepcional e inspiradísimo Julio Garreta.

Capitaneada por D. Esteban Garreta, profesor incansable, padre de nuestro llorado compositor, cultivó con especialidad la música teatral y operística en tiempos de auge de nuestras zarzuelas chicas y grandes a las que dotó de un calor de ejecución insuperable. En su historia brillante se encontraría a cada paso, junto a los nombres de los mejores autores, los de unos cantantes de excelente voz, verdaderos ases, que dieron a la escena lírica el realce que merece y que esta ciudad puso de manifiesto. Sobresaldrían de igual modo en aquella los nombres de los maestros directores y concertadores cuya batuta y cuyos mandamientos contribuyeron al perfeccionamiento de nuestra organización musical ciudadana.

No es fantasía; fué ciertamente en aquella época lejana cuyos recuerdos han quedado grabados en mi memoria, cuando, por más que contara pocos años, me di cuenta de que la orquesta descansaba sobre el alma de su director; de que el arte de dirigir

no era otro que el de comunicar las impresiones de una sensibilidad musical. La varita mágica había sustituido al violín o al arco del violín, con el que había visto dirigir hasta entonces.

Entre los directores que estuvieron al frente de nuestra orquesta y que tanto la animaron, destaca, por lo que a la zarzuela se refiere, el Maestro Pérez Cabrero, de grata memoria, que vino acompañado de cantantes de facultades y conscientes de su deber. Por los aplausos y las amistades que supo granjearse infundió aquella nuevos alientos dándonos a conocer las obras de los más inspirados compositores en las cuales el canto alterna con la palabra, y que por contar con tantos entusiastas siguen aún en el repertorio de algunas compañías que las defienden bravamente.

No me impulsa el propósito de ir más allá de donde alcanzan los recuerdos que han sido objeto del ligero bosquejo a la memoria de la que fué nuestra orquesta genuinamente teatral. A través de los años me parece verla actuar en aquellas tardes y noches domingueras que quedan aún grabadas en mi mente, Contaba unos veinte ejecutantes cuyo número era aumentado con bastante frecuencia. Me la represento aún «encajonada», por decirlo así, junto al escenario, acaparando la atención de los espectadores entre los que tuvo tantos admiradores. Porque — valga la digresión — debe ser cierto que la música teatral nos descubrió a